

TRANSFORMACIONES

“...ACTUAR SOBRE OTRAS COSAS, ADEMÁS DE LOS NÚMEROS”

TEORÍA/CIBERESPACIO/GÉNERO

•••

METTE STRØMFELDT

El título de este artículo está sacado de las memorias de Ada Lovelace [1]: el mecanismo al que alude, la máquina capaz de «actuar sobre otras cosas, además de los números», es por supuesto la Máquina Analítica concebida por Charles Babbage. Esta máquina nunca llegó a construirse y, sin embargo, se ha convertido en referencia casi obligada, como predecesora de los modernos ordenadores. En este sentido, Lady Lovelace es considerada hoy como la primera programadora de la historia y, especialmente las feministas, le han tomado la palabra, entretejiendo su tratamiento de textos con la retórica cibernética.

Las razones para obrar de este modo no parecen ser intentos de replantear la pregunta formulada por Douglas Hofstadter en 1979: «... ¿acaso su honda intuición [de Ada Lovelace] le permitía soñar con las posibilidades que abriría el dominio de la electricidad?» [2] Partimos de la base de que así es y de que toda referencia a Ada Lovelace es hoy hito/escenario y origen que proporciona al feminismo un punto de apoyo en el ciberespacio. Dicho de otro modo, la propia Ada se ha

convertido en una máquina generadora de significado, una máquina entre cuyos más recientes y desafortunados logros figura el siguiente: «El correo electrónico es femenino». Si lamento mi elección del título es porque contribuye en cierto modo a este encasillamiento, a la consolidación de este estereotipo de Ada Lovelace como *cibermadre*: jugada que resulta aun más comprometida, en mi opinión, si se tiene en cuenta que fue la capacidad de esta mujer para dar a luz –y para ser madre– lo que acabó con su vida (se cree que murió de cáncer de útero).

Finalmente decidí no cambiar el título porque me pareció de justicia reconocer hasta qué punto estoy atrapada en la red que hoy se está tejiendo. Mi primer intento de acercamiento a este nuevo terreno de la investigación –el ciberespacio– requirió una importante labor de telar [3]. Aunque no he leído a autoras como, por ejemplo, Sadie Plant [4], me resultó muy fácil establecer la relación, seguir trenzando a partir del punto donde lo dejó A.A.L. [5]: «La máquina analítica teje estructu-

ras algebraicas del mismo modo en que el telar produce flores y hojas», escribió. Y aunque yo no pretendo glosar los frutos de mi trabajo, sí quiero subrayar que esta recriminación es ante todo y sobre todo fruto de mi propio texto. He terminado bastante harta del «Window Dressing» y he intentado trasladar mi hartazgo a la textura que aquí se ofrece, a este tejido, para que ustedes sepan a qué me refiero.

Permítanme pues regresar a la idea de que A.A.L. ha sido programada para funcionar como una máquina generadora de significado, una máquina no muy distinta de la máquina analítica, sobre la cual ella escribió: «La máquina analítica no tiene la menor pretensión de originar nada. Es capaz de hacer cualquier cosa, siempre que sepamos ordenarle cómo debe funcionar.» Referirse a A.A. L. con la misma cautela precisaría una investigación más a fondo de cómo se le ha ordenado funcionar a esta máquina. Es decir, lo que propongo es que nos ocupemos, no tanto de la propia máquina, sino del uso que de ella se está haciendo. Puesto que tanto la máquina analítica como la propia A.A.L. se han convertido en mitos fundacionales de la cibernética y del ciberespacio, ampliaré el ámbito de esta disquisición proponiendo una reflexión sobre cómo la teoría en general, y la teoría feminista en particular, ordenan funcionar al ciberespacio. Me resistiré a la tentación de desconstruir los orígenes y me ocuparé sólo de cómo el funcionamiento de la una contamina a la otra, de cómo el funcionamiento de lo que se hace funcionar afecta al funcionamiento del orden. La tríada teoría/ciberespacio/género debe entenderse pues como una cadena cuya interacción e interconexión yo he convertido en objeto de este estudio. El hecho de que aborde aquí cuestiones de las que ya me he ocupado anteriormente no resta valor alguno a las palabras de Ada Lovelace.

I

Para decirlo del modo más sencillo posible, el teórico puede elegir entre dos enfoques distintos a la hora de abordar la cuestión del ciberespacio: puede «tirar del manual» o puede «improvisar». «Tirar del manual» equivale a lanzar una máxima moral. Yo optaré por lo segundo cuando me refiera exclusivamente a la teoría feminista. Fiel a la tradición de Gilbert y Bu-

bar (a su transposición en palabras) [6], lo que hago es acusar (condenar) a esta rama de la crítica y de paso al objeto de este estudio: el ciberespacio. El hecho de lanzar una máxima moral puede entenderse, en ocasiones, como un intento por recuperar y trasladar el terreno de investigación, transformándolo en un meta-lenguaje que supuestamente lo dice todo. En otros casos, nos limitamos a presenciar cómo un libro, un código, la terminología propia de un campo es trasladada a otro. Los teóricos construyen y ajustan aquellas terminologías que les permiten construir oraciones correctas.

Para este tipo de actividad teórica sirve cualquier tipo de libro. Las obras de Barthes o Derrida, de Kant o Mulvey, les vendrán muy bien a algunos; otros preferirán tratados de etimología o ediciones divulgativas sobre la teoría del caos. Es preciso adoptar un enfoque interdisciplinar. ¿Cuántos escritores son realmente capaces de relacionar, por ejemplo, ciencia y teoría literaria de un modo que haga justicia a ambas disciplinas? Llevo ya algún tiempo dedicada al estudio de la crítica (literaria) postestructuralista y, aunque eso no signifique en modo alguno que soy una autoridad en la materia, confieso que me inquieta la tendencia a simplificar teorías literarias sumamente complicadas para que «encajen» en determinados aspectos de la ciencia o la tecnología, y a transmitir las de un modo que se me antoja reduccionista, aunque no puedo afirmarlo con certeza. Sería interesante poner fin a este tipo de simplificaciones, tanto más cuanto que tienden a evocar su propia complejidad, a sugerir que la convergencia de ambas esferas del conocimiento revela la existencia de una sensibilidad nueva e imposible de aprehender si no se establece un compromiso con lo intrincado, con lo caótico, con lo no-lineal. Por el contrario, yo me siento mucho más cómoda cuando se aplican al ciberespacio y a las nuevas tecnologías teorías clásicas y edificantes. Al menos en este caso no tengo que vérmelas con la pretensión de que lo que se está haciendo es algo radicalmente nuevo.

A modo de conclusión, aunque en absoluto para poner fin a esta disquisición divulgativa (que es, en efecto, un modo de dejar bien clara cuál es mi posición), «tirar del manual» supone la inscripción o re-inscripción del orden, la ordenación del ciberespacio de tal modo que se adapte al orden que el teó-

rico, voluntaria o involuntariamente, ordena; un orden al que a menudo se llega mediante una actuación reduccionista que presenta el desorden ordenadamente. Para el teórico que investiga el ciberespacio so pretexto de ofrecer visiones nuevas y radicales del propio fenómeno, o de referirse a la influencia de la cibernética en nuestra comprensión y construcción del mundo y del conocimiento, esto resulta, cuando menos, molesto. A fin de cuentas, lo que aquí se reproduce no es sino el ya viejo descubrimiento psicoanalítico de que el observador es parte de lo observado. La promesa de hallar a otro distinto de nuestro propio Otro queda rota, y no alcanzamos a entender mejor un aspecto de nuestra cultura que, en opinión de todo el mundo, está cambiando nuestros horizontes de comprensión a medida que nos aproximamos al próximo milenio. Esto es especialmente angustioso para las feministas, pues fue él —y sólo él— quien descubrió este campo en busca de una honda intuición capaz de identificar «las posibilidades abiertas por el dominio de la electricidad»; posibilidades que permitieron la reescritura de libros sobre las diferencias entre los sexos, atribuibles tanto al patriarcado como a feministas anteriores. Sin embargo, es posible que, si a él le hubiese interesado el cambio, habría «improvisado».

II

Las feministas de cuyas obras me ocuparé en esta sección son, en virtud de una extraña coincidencia, mujeres. Y es más, pertenecen al mismo ámbito de la teoría académica feminista interdisciplinar en Estados Unidos, junto con Judith Butler y algunas otras. Con frecuencia se alude a ellas como teóricas que han superado el feminismo de segunda generación. Me refiero a Donna Haraway y Diana Fuss. Cuando Diana Fuss publicó *Essentially Speaking: Feminism, Nature & Difference* (1989), el libro suscitó de inmediato el mismo interés que el merecido en su día por la obra de Toril Moi, *Sexual/Textual Politics*, publicada diez años antes. No había transcurrido un año cuando Judith Butler publicó *Gender Trouble*. Y para 1991 Donna Haraway contaba ya con dos libros publicados, y su obra se conocía bastante mejor [7].

Antes de centrarme concretamente en Fuss y Haraway,

me parece oportuno esbozar brevemente cuáles son los principales aspectos del feminismo académico en el ámbito angloamericano, así como los hechos que acabaron por conducirlo a un callejón sin salida. Toril Moi sostenía que, hasta la aparición de su *Sexual/Textual Politics*, el feminismo angloamericano había permanecido fiel a un humanismo liberal abiertamente esencialista o peligrosamente próximo a la esencialización de la idea de mujer. Es decir, había llegado el momento de que gente como Elaine Showalter comenzase a distinguir entre sexo biológico y construcción social del género. Moi defendía el estudio de la *écriture féminine* y su influencia sobre la diferencia: si tomamos lo masculino y lo femenino como construcciones metafísicas, la *écriture féminine* puede desconstruir la oposición binaria existente entre ambas, y este tipo de «construccionismo» permite hacer una lectura del potencial feminista en, por ejemplo, la obra de Virginia Woolf (en opinión de Moi), potencial que Showalter no fue capaz de detectar [8]. El libro de Moi se convirtió en una de las principales referencias del debate feminista binario entre esencialismo y construccionismo. En Dinamarca, las feministas se habían alejado de los postulados estadounidenses, decantándose por importantes figuras del feminismo francés, como Hélène Cixous, Luce Irigaray y Julia Kristeva. Ni que decir tiene que las feministas estadounidenses comenzaron a lanzar al instante el término «esencialismo» hacia el otro lado del Atlántico, acusando de paso a las francesas de esencialistas. Las feministas francesas, con su insistencia en la necesidad de crear un «lenguaje femenino», se habían convertido en un blanco fácil. No entraré en detalles sobre esta polémica [9]; antes bien, me ocuparé de por qué el término «esencialismo» llegó a convertirse directamente en un insulto.

Esencializar la femineidad equivale a presuponer que lo natural es reprimido por lo social y que es posible recuperar la esencia oculta, es decir, la auténtica femineidad. Quienes se oponen a esta idea sostienen que esto no sólo anula las diferencias que existen entre las mujeres (puesto que tal práctica tiende a la universalización), sino que apenas deja espacio para el cambio y la emancipación radical, si es que realmente existe una esencia o algo innato. Por otro lado, el construccion-

nismo afirma que lo natural es producto de lo social y, por tanto, el hecho de no reconocer ningún tipo de esencia facilita la creación de nuevas construcciones y diferencias. Aunque pocas feministas de los ochenta se definirían a sí mismas (o definirían sus obras) como esencialistas, lo cierto es que la veda contra el esencialismo quedó abierta y esta preocupación llevó al feminismo a una situación de bloqueo, especialmente en Estados Unidos.

Fuss, Haraway y Butler se proponen salir del atolladero con un construccionismo aun más radical, en mi opinión. Butler afirma, entre otras cosas, que el sexo, en el sistema sexo/género, es también una construcción, mientras que Fuss defiende que el construccionismo social no es sino un esencialismo desplazado. Es en el capítulo titulado «The 'Risk' of Essence» donde Diana Fuss desconstruye la dicotomía esencialismo/construccionismo. Me interesa analizar cómo realiza esta desconstrucción, y no lo que en realidad dice (esto es, que, básicamente, la dependencia del esencialismo es un tipo de construccionismo y que el construccionismo cae invariablemente en el esencialismo). Tampoco entraré en su lectura de Lacan y Derrida. En cierto modo, me resulta casi imposible. Me siento obligada a observar la jugada que Fuss repite una y otra vez, ella improvisa y yo: enciendo-apago, enciendo-apago, enciendo-apago, enciendo-apago... El capítulo se convierte en el tipo de máquina desconstruccionista que seguramente ustedes bien conocen, y de cuya capacidad desconstruccionista yo no estoy en absoluto segura. Y aunque no es mi intención subestimar la importancia de *Essentially Speaking*, sí cuestiono su intento de salir del atolladero al que anteriormente me he referido, pues su táctica parece ser un atolladero en sí mismo. Sigue aferrándose a la vieja dicotomía, al igual que Fuss toma como modelo los mismos textos (Lacan, Derrida, Irigaray, Wittig). Y ese estancamiento, por supuesto, está relacionado con lo que Fuss se propone conseguir. Pero una feminista que ha tenido su dosis de feminismo lacaniano/derrideano (como es mi caso), no puede conformarse con este tipo de improvisación.

En 1985, la *Socialist Review* [10] publicó por primera vez «A Cyborg Manifesto». El texto ofrece un perfecto ejemplo del antirreduccionismo de Donna Haraway, quien establece sor-

prendentes relaciones entre diversos campos del conocimiento. Un indicio de las dificultades que plantea su escritura es que ésta rara vez es emulada por otros autores; y ello a pesar de que su nombre se cita con frecuencia, al igual que algunas de sus frases clave, aunque transformadas en lemas: «Prefiero ser un cyborg que una diosa». Haraway no sólo se basa en los aspectos más complicados de ciertos estudios científicos y sociales, sino que, además, utiliza la complejidad como propulsor y la impulsa aun más lejos. La diferencia entre Fuss y Haraway radica en que el acto desconstruccionista de Fuss se realiza en el interior de un circuito cerrado y sin salida, mientras que Haraway, por su parte, se halla inmersa en el proceso de crear y articular nuevos mitos: su obra establece sorprendentes relaciones con territorios desconocidos porque, cada vez que Haraway improvisa, abre un camino a lo inesperado, a lo incógnito. Haraway contamina la ciencia de literatura y viceversa, pero es la suya una contaminación mesurada, hábil, que crea puntos de fricción y forja nuevas vías (de un modo muy similar a la contaminación que padece la placa de silicona cuando se filtran impurezas en la producción de circuitos integrados).

Algunos intentan construir un vocabulario nuevo a partir de los textos de Haraway, afirmando que su paso de la «reproducción» a la «regeneración», de la «reflexión» a la «difracción», de la «representación» a la «articulación», etc., son sintomáticos de su ruptura con el construccionismo (y, especialmente, con el «discurso de la representación»); pero pocos se atreverían a discutir que lo que se propone es alejarse por completo del construccionismo. Me preocupa que tales esfuerzos acaben por producir una terminología anquilosada que prive al tratamiento de textos de Haraway de sus enormes posibilidades, porque su tratamiento de textos tiene mucho más en común con la literatura de lo que la ciencia o la teoría suelen reconocer. Sin embargo, el hecho de que Haraway rompa de manera radical con ciertos aspectos del feminismo de segunda generación resulta fácilmente reconocible, como sugiere la siguiente cita: «Según afirma Zoe Sofoulis en su manuscrito inédito sobre Jacques Lacan, Melanie Klein y la cultura nuclear, Lacklein, los monstruos más terribles y acaso los más prometedores del ciber mundo cobran forma en relatos no edípicos con

una lógica de la represión diferente, lógica que debemos comprender si es que deseamos sobrevivir.» [11]

Haraway utiliza el cyborg como una in(ter)vencción que nos obliga a enfrentarnos con el viejo dogma de que el feminismo se halla inmerso en un constante proceso de reconversión: pone de manifiesto su agotamiento a finales del presente siglo. El hecho de que Haraway sea capaz de superar las restricciones impuestas por los triángulos edípicos es para mí más que prometedor. Es difícil, acaso imposible, refutar a Haraway. Yo diría que nos invita a crear espacios especulares que nos relacionan con ella, en el sentido de que toman como modelo la actuación de la propia Haraway, pero, también nos invita a descubrir otros tipos de conocimiento. Estos espacios especulares no se limitan a reflejar su obra, sino que refractan también su honda intuición, plasmada en citas como ésta: «Para alcanzar el conocimiento es preciso que el objeto del conocimiento se represente como actor y como agente, no como pantalla, terreno o recurso, y nunca como esclavo del señor que bloquea la dialéctica con su autoría indiscutible de conocimiento 'objetivo'» [12].

En tanto que objeto de conocimiento, la propia escritura de Haraway debería «representarse como actor o agente». El hecho de que esto nos prive de un terreno seguro —o de números seguros a los que recurrir— es un alivio (al menos para quienes no vivimos instalados en la certeza absoluta). El *corpus* de Haraway cuestiona la supremacía, no para eliminar la autoría (la capacidad para ser autor de un texto), sino para encontrar estrategias que permitan a las feministas hallar su propia voz y con ella contar sus historias. Una y otra vez, Haraway nos conmina a considerar los aspectos narrativos y retóricos de este discurso, con independencia de que la historia contada sea reinterpretación de una historia ya existente o proclamación de una historia nueva [13].

III

La retórica empleada en la trama para convertir a Ada Lovelace/A.A.L. en generadora de un origen para las feministas en el ciberespacio puede ser compatible con la retórica originalmente concebida por A.A.L. y acaso también con los viejos mitos

fundacionales. Me pregunto, sin embargo, si esta historia es capaz de crear y proporcionar posiciones circunstanciales a partir de las cuales las feministas puedan adoptar nuevas perspectivas, nuevas visiones. Dicho de otro modo, ¿qué sería más ventajoso para las feministas: ser indígenas o ciudadanas civilizadas en el ciberespacio?

- [1] Cito a Douglas R. Hofstadter, *Gödel, Escher, Bach: An Eternal Golden Braid*, Penguin Books, Londres/Nueva York, 1979. p. 25.
- [2] *Ibid.*
- [3] «Window Dressing» en *Clicking In: Hot Links to a Digital Culture*, Lynn Hershman Leeson (ed.), Bay Press, Seattle, 1996. Por alguna razón mis notas al artículo desaparecieron durante el proceso de edición. Las referencias, p.e. los números, se conservan, pero las propias notas no aparecen en el libro. Por tanto, como Ada es famosa por sus notas, me parece bien que el aspecto más interesante de «Window Dressing» sea su ausencia de notas.
- [4] Su artículo «The Future Looms: Weaving Women and Cybernetics», es el perfecto ejemplo de lo que estoy diciendo.
- [5] A.A.L. es, por supuesto, la signatura que Ada Lovelace usaba para las notas que introdujo en su traducción de la obra de Menabrea. Empleo deliberadamente esta signatura para establecer una diferencia entre la mujer real, sea quien fuere, y la «mujer» creada por quienes sobre ella han escrito.
- [6] *The Madwoman in the Attic* (1979), Yale University Press, New Haven y Londres, 1984. Confer. «Infection in the Sentence» en Parte I. En mi intento por salir de la maraña de un discurso ya me he metido claramente en la de otro.
- [7] Diana Fuss, *Essentially Speaking* (1989), Routledge, Nueva York y Londres, 1990. Toril Moi, *Sexual/Textual Politics* (1985), Methuen, Londres y Nueva York, 1986. Judith Butler, *Gender Trouble*, Routledge, Nueva York y Londres, 1990. Donna Haraway, *Primate Visions*, Routledge, Nueva York, 1989; y *Simians, Cyborgs, and Women*, Free Association Books, Londres, 1991.
- [8] Toril Moi lee a Elaine Showalter, *A Literature of Their Own* (1977), Virago Press, Londres, 1978.
- [9] Ya me he ocupado en otras ocasiones de cómo Toril Moi pasa por alto en su libro a figuras como Shoshana Felman, Gayatri Spivak, Jane Gallop y Alice Jardine, quienes trabajaron con la teoría francesa que Moi confiaba introducir y quienes, en ciertos casos, se dedicaron a ello durante casi una década. Ello condujo al lamentable silenciamiento de la que acaso puede ser la obra teórica más interesante escrita entonces en Estados Unidos. «Ballade om kon» en ANGLOfiles/95, enero 1996, Dinamarca.
- [10] «A Manifesto for Cyborgs: Science, Technology, and Socialist Feminism in the 1980s», en *Socialist Review* 12:2 (marzo-abril), p. 64-107.
- [11] En «A Cyborg Manifesto», *Simians, Cyborgs, and Women*, p. 150.
- [12] En «Situating Knowledge», *Simians, Cyborgs, and Women*, p. 198.
- [13] «In the Beginning Was the Word: The Genesis of Biological Theory», donde Haraway discute sobre *The Madwoman in the Attic*. Véase también «The Contest for Primate Nature: Daughters of Man-the-Hunter in the Field, 1960-80». Ambos incluidos en *Simians, Cyborgs, and Women*, *ibid.*